

Carlos Amigo Vallejo

Cardenal Arzobispo Emérito de Sevilla

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA

ALBACETE 2018

Señor Obispo de Albacete

Autoridades....

Junta de Cofradías de Semana Santa

Cofrades, hermanos y hermanas....

Sin nostalgia del pasado ni temor al futuro, pero siendo muy conscientes de las responsabilidades que obligan en el momento presente. “Mirar al pasado con gratitud, vivir el presente con pasión y abrazar el futuro con esperanza” (*Papa Francisco*)

La historia de la Semana Santa de Albacete se ha de contar por siglos de existencia . El tiempo ha pasado. La devoción permanece. Sería en el primitivo convento de los hermanos franciscanos de San Francisco de Asís donde creciera la ferviente piedad a la santísima Virgen María, henchida de dolor y palpando y viviendo los desgarrones en el cuerpo y los sentimientos de su hijo Jesús, que era arrastrado a la muerte tras una increíble y cruenta pasión. El tiempo pasa, el amor permanece. Y la madre

del Crucificado será para siempre Nuestra Señora de los Dolores. La Dolorosa.

“El misterio de la cruz, escribía nuestro venerado y querido pastor, Monseñor Ciriaco Benavente Mateos, Obispo de Albacete, encierra la sabiduría de Dios. Sólo contemplando la cruz seremos capaces de barruntar el misterio de amor que ahí se esconde, se condensa y se nos revela. Es la misericordia de Dios manifestada y encarnada en Cristo, verdadero rostro de la misericordia divina. Hay que contemplar el Misterio Pascual en toda su integridad (muerte y resurrección)”. Solo abrazándonos a la cruz de Cristo comprenderemos el dolor de la Madre. Y sin este sacrificio de madre e hijo, tampoco entenderemos el significado de la cruz de cada día.

Si hoy podemos celebrar con tanta solemnidad la Semana Santa en Albacete, ello es debido a los frutos de un pasado rico en piedad y devoción. Lo haremos sin nostalgia ni añoranza, pero recogiendo lo mejor de lo que nuestros antepasados nos han dejado. Serán lecciones permanentes que aprender y transmitir a otras generaciones. Si tu pasado ha sido espléndido, Semana Santa de Albacete, no te puedes ni imaginar lo que Dios quiere que sea el día de mañana. La responsabilidad y diligencia de la conducta de hoy será la mejor garantía para los días que han de llegar.

Pasado con gratitud

No es labor carente de dificultad el adentrarse en la historia de la Semana Santa de esta Ciudad. Pero, con el hallazgo de documentos que se creían desaparecidos y gracias a la inestimable labor de expertos y el interés de la Junta de Cofradías de la Semana Santa de Albacete, se han ido descubriendo los orígenes de tan entrañable celebración pascual. Labor que no ha sido nada fácil, pues no siempre se encontraron escritos fehacientes y contrastados.

Lo que celebramos desde antiguo en el templo queremos sacarlo a la calle. Sin afanes presuntuosos ni atisbo alguno de proselitismo, sino para ofrecer y compartir aquello que como bendición de Dios se ha recibido. Así lo hicieron desde antiguo los buenos cristianos de Albacete. El patrimonio cultural y religioso, imágenes y Cofradías desaparecieron o fueron para siempre destruidos. Pero no se pudo borrar huella tan profunda como la que permanecía en el alma de la Iglesia y del pueblo, de una Semana Santa que figuraba entre de las más antiguas de Castilla la Mancha.

Quiso la Iglesia albaceteña salir a las calles de la ciudad, no por otra razón sino porque abundaba la piedad y el deseo de hacer partícipes a todos los misterios de la fe que se celebraban en el

templo. Se organizan procesiones y representaciones del misterio religioso en las plazas. El pueblo lo recibe con gozo y pone su cultura y su música, los paramentos y escenarios. Y la religiosidad se hace popular y se incorporan repetidas tradiciones. Imágenes y pasos, nazarenos y penitentes formarán unos cortejos de incuestionable piedad y de notable belleza.

La imagen sagrada

Hermosas por demás y conmovedoras son las imágenes de las Cofradías de Albacete, pero mucho más estremecedor es el misterio que representan. Cuanto más la miramos parece como si la imagen se desvaneciera y mostrara toda la realidad de la fe. De lo visible hemos llegado al amor de lo que no se ve. Y la imagen va diciendo: perdona a quien te ha ofendido, honra y quiere a tus padres; aprende a llevar la cruz de cada día; ten misericordia y practica el mandamiento del amor fraterno... Y nosotros hablamos con el Señor: ten compasión de mí, ayúdame a llevar la cruz, tiéndeme tu mano en las dificultades... Esto es oración. La imagen se ha metido en ti y te has identificado con ella. Quien contempla la imagen sagrada ha de hacerse portador, en su conducta, de la ejemplaridad del mismo Cristo.

La imagen sagrada es algo imprescindible en las manifestaciones de la religiosidad popular. Significativo en la piedad y de notable

valor artístico es el patrimonio religioso de Albacete. Una espléndida imaginería cargarla de dinamismo que ayuda a trascender lo simplemente material, aunque sea muy hermoso, a lo que la imagen significa. De aquello que se ve, al amor del misterio que representa: Cristo, la Virgen María, los Santos.

En las imágenes de la Semana Santa albaceteña pueden observarse estilos variados y distintos. Algunas recuerdan a Salzilla, con la elevación de las manos y la mirada puesta en el cielo. Otras, marcadas por el estilo levantino, conmueven por la expresión de sentimientos y hondura de los gestos. No falta el rasgo de patetismo mezclado con una indisimulada ternura. Pensemos en las imágenes del Santísimo Cristo de la Sangre, Cristo de las Misericordias, la Coronación de Espinas, Jesús Cautivo, Cristo de la Agonía, Ecce Homo, Nuestro Padre Jesús Nazareno, Cristo de la Misericordia, de la Oración en el Huerto, de la Agonía, de la Paz, Cristo de la Expiración, del Consuelo, de la Esperanza, Cristo Yacente, el Resucitado...

Muchas fueron las imágenes desaparecidas. Pero los rasgos de aquellas santas figuras permanecían vivos en la memoria de algunos imagineros que las conocieron, y que lograron expresar en las nuevas imágenes lo que tenían en el recuerdo. Las Cofradías unieron a las imágenes hermosas piezas de orfebrería, fabricaron tronos e insignias que ayudaban a reconocer, en esas

imágenes, los misterios vivos de la pasión, muerte y resurrección del Señor.

Las Cofradías

No se puede pensar en la Semana Santa de Albacete sin tener en cuenta las Cofradías. Unas tienen orígenes muy antiguos, otras son de reciente fundación. Pero todas ellas saben de su responsabilidad ante el objetivo fundacional: dar un culto auténtico al Dios vivo y practicar la caridad con los más desvalidos. Junto la capilla de cultos estaría el pequeño hospicio donde se recibía y cuidaba a los menesterosos. Así fueron y así han de ser. Y bien conscientes de ello son los hermanos que se afanan en permanecer fieles a lo que es su razón de su existencia como Cofradía.

Algunas tuvieron un origen gremial: mercaderes y comerciantes, herreros y cuchilleros, aperadores, carpinteros y alarifes, labradores, hortelanos, alpargateros, tenderos, zapateros, albardoneros, sastres... Asociaciones, en fin, que unían la reivindicación de sus derechos con la asistencia a las personas de su mismo oficio que pudieran estar necesitadas. Celebraban sus fiestas en torno a un misterio del Señor, de María santísima o de los Santos. Así nacieron muchas Hermandades.

Las Cofradías tienen una identidad indiscutiblemente cristiana: Si no son cristianas, no son nuestras Cofradías. Si no se vive el misterio pascual, no son de la Semana Santa. Si no se tiene en cuenta la propia tradición y cultura, no son Cofradías de la Semana Santa de Albacete. Si no se celebra primero en el altar y con Cristo vivo en la Eucaristía, no tiene razón de ser el salir a la calle con una imagen.

Sin fe, los sacramentos acaban en el ritualismo, la caridad está muerta y la misión resulta un trabajo estéril. Sin el sacramento, la fe se convierte en ideología, la caridad acaba en evasiónismo y la misión no evangeliza. Sin el amor de Cristo que se entrega en la Eucaristía, la caridad es altruismo y simple cooperación, la misión un fraude y la comunidad un antisigno.

A las Cofradías, igual que a la misma Iglesia, se le presentan actualmente unos retos y unos desafíos que provocan a la fe cristiana y exigen respuesta y nuevos compromisos. En un mundo en el que se ignora o se desprecia a Dios, solamente cabe el lenguaje transparente, sincero, religioso y testimonial de Dios, que ponga al hombre cerca de Dios, que haga ver a Dios. Un testimonio abiertamente confesante de la fe en Jesucristo, como revelación del Padre, será la mejor respuesta al desafío de la contracultura del agnosticismo, del fatalismo, del hedonismo y de la idolatría materialista en todas sus formas.

El reto del ser y del actuar como comunidad cristiana. La Iglesia se hace creíble, no predicándose a sí misma, sino a Cristo. Este es el reto: anunciar a Cristo, pero vivido en Iglesia, celebrado con la Iglesia y sirviéndole en los más pobres. Es el reto de la caridad fraterna. No se puede pensar, desde nuestra perspectiva cristiana, en una solidaridad aséptica, sin contenido religioso, sin la corresponsabilidad que dimana de la comunión en la fe en Dios Padre de todos.

No se trata de imponer sino de ofrecer lo que se tiene. No podemos vivir como aquellos que no tienen esperanza. Jesús ha pagado nuestro rescate. Él llevó las espinas en su corona para que nosotros la lleváramos de flores; Cristo sintió la amargura de la tristeza en el Huerto para que nosotros tuviéramos alegría; Cristo fue condenado a muerte para que nosotros gozáramos de la esperanza de saber que viviremos para siempre y a su lado.

Una Iglesia actual y vigente

Necesitamos unas Cofradías llenas de vida, que se alimentan de la palabra de Dios y de los sacramentos. Que practican la caridad y dan testimonio de la presencia de Cristo Resucitado en medio de una sociedad ajena a lo religioso. Unas Cofradías sin nostalgia del pasado ni miedo al futuro, pero asumiendo las responsabilidades que les incumbe de recoger y valorar la

herencia que les han dejado las generaciones anteriores. Vivir el momento presente y construir el futuro con esperanza. Unas Cofradías conscientes de sus compromisos, pero sin alardes de triunfalismo ni de autoflagelaciones masoquistas.

Unas Cofradías de puertas abiertas para recibir a todo aquel que hasta ellas llegare, pero también sabedora de su vocación universal y de tener que salir al mundo para anunciar el Evangelio. Unas Cofradías leales al mensaje de Cristo, permaneciendo en fidelidad a lo que han recibido de su Señor. Intemporales, porque la palabra de Dios no está encadenada ni a época ni a circunstancia alguna. Y esta Palabra es la que rige la vida de la Iglesia

Unas Cofradías que no tienen como finalidad primera la organización de eventos religiosos, sino la de hacer visible la identificación con Cristo. Por eso las Cofradías deben ser audaces, pues han de llevar siempre la caridad allí donde se necesita: a todos y en todo, sin medida, ni precio, ni tiempo, ni lugar. Unas Cofradías que sienten el gozo de la esperanza, pues el Señor ha estado grande con nosotros y estamos contentos. Unas Cofradías actuales y vigentes, no por la simple adaptación a las circunstancias, sino por la intemporalidad del Evangelio, aunque sean conocedoras de los retos actuales y de la necesaria reforma de sus estructuras organizativas y pastorales.

Unas Cofradías creíbles, no solo por la labor social que hacen, sino por la fidelidad al Evangelio que testimonian. Sólo desde la veracidad y coherencia del mensaje recibido se puede pensar tener razón de credibilidad. Unas Cofradías que ofrecen lo que tienen, no imponen, pero que exigen el reconocimiento de los derechos que dimanen de una ley de libertad religiosa. Unas Cofradías conscientes de su función social, pues no puede ser buen cristiano quien no es buen ciudadano. De aquí la responsabilidad del cristiano en todo lo que se refiere a la vida pública.

Unas Cofradías diversas, pero no desunidas. Con su propia historia y forma y estilo de hacer, pero siempre manifestando su inequívoca comunión con la Iglesia y su misión evangelizadora. Unas Cofradías que saben del valor de la humildad cristiana, pero no escondidas sino presentes y activas.

Unas Cofradías, en fin, que son las del Papa Francisco, las que desean ser verdaderas comunidades cristianas: fraternas, de confianza entre todos; unidas, no en la igualdad, sino en la armonía entre las legítimas diferencias; defensoras de los derechos del hombre; centradas en Cristo; servidoras de los pobres, misericordiosas; sensibles ante los acontecimientos del presente; con los brazos abiertos para todos; que acuden a las periferias para encontrarse con los más desvalidos...

Cristo y María

En el alma y en la vida de la Semana Santa de Albacete estará siempre presente la veneración a María Santísima, la Madre de Dios, con títulos tan queridos como Nuestra Señora de los Dolores, de la Angustia, de la Esperanza, del Mayor Dolor, de la Amargura, de la Piedad, de la Soledad, de María Santísima de la Paz...

Como no podía ser de otra manera, el Hijo y la Madre abren el portón de la Semana Santa albaceteña, y vendrán a clausurarlo en el amanecer del Domingo de Resurrección en su encuentro pascual y glorioso. El Santísimo Cristo de las Misericordias, hermoso título y con profundo significado tratándose de una imagen que preside la capilla del cementerio, es trasladado a la Iglesia del Buen Pastor. Poco tiempo después, la imagen de Nuestra Señora de la Amargura saldrá a la calle desde la Santa Iglesia Catedral. Un maravilloso pregón para una Semana Santa que tiene su mejor representación en el amor del Redentor y de la Madre sufriente.

Seguirán las palmas, los *hosanna* para la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, María Santísima de la Paz y del Amparo, con el apóstol Santiago. El Huerto será testigo de la oración de Jesús y de la traición de Judas, de Jesús Cautivo en su Prendimiento y de las negaciones de Pedro.

A pleno día y en la plaza pública, el Encuentro entre el Nazareno y la Señora de los Dolores. El hijo llevaba una cruz que pesaba tanto en los hombros de Cristo como el corazón de la Madre. Y al llegar al calvario, el hijo que agoniza y el inmenso dolor de la Madre: Santísimo Cristo de la Agonía y Nuestra Señora del Mayor Dolor.

El amor unido a la misericordia junto a los discapacitados del “Centro Infanta Leonor“. La Señora de los Dolores con la nobleza de nuestra familia, los mayores, en la residencia del Paseo de Cuba y con los ancianos de San Antón, y la Señora de la Amargura en la residencia “Vasco Núñez de Balboa“. Y Nuestra Señora Reina de la Esperanza Macarena en la institución benéfica Sagrado Corazón de Jesús. La madre no puede olvidarse de su hijo Jesucristo que sufre junto aquellos que más pueden sentir la soledad y el olvido, el dolor y la tristeza, la soledad y el desamparo. Cristo expira en la cruz, pero su último aliento, unido al sollozo de su madre, será una sublime lección de amor, sufrimiento y esperanza.

Y el futuro

¿Cómo será el futuro de la Semana Santa de Albacete? ¿Cómo será la vida de las Cofradías? ¿Qué es lo que habrá cambiado y lo que permanece? Muchas cuestiones semejantes son las que

podíamos presentar. Incluso realizar serios y concienzudos estudios de prospectiva, análisis de las pequeñas y grandes tendencias, de estadísticas con altos porcentajes de credibilidad... Pero la verdadera cuestión no está en el cómo será el futuro, sino cómo deseamos sinceramente que sea. Lo primero, el análisis, responsabiliza, pero poco. En cambio, el compromiso por construir un futuro mejor, en todos los aspectos, supone aceptar ineludibles obligaciones .

¿Cómo quieres que sea el futuro de tu hijo? El de una persona honrada, de nobles sentimientos, bien preparado para su trabajo y profesión, hombre de fe y coherente en su conducta moral, sociable y justo... Pues un buen trabajo tienes por delante: el de educarle conforme a aquello que está en tus mejores deseos para el futuro de tu hijo.

Aún con los pocos datos de los que disponemos, se puede afirmar que la Semana Santa de Albacete puede ofrecer un pasado ejemplar de fervor y piedad, de bellas expresiones artísticas, de representaciones populares conmovedoras. En estos momentos del presente tendremos que recordar, si se vive en la esperanza, las palabras de la Escritura: “Tu pasado parecerá insignificante al lado de tu espléndido futuro” (*Job 8, 7*).

Tan sólo el olvido o la degradación de los pilares fundamentales que constituyen la base de la celebración de la Semana Santa,

pueden truncar este sentido de esperanza. Lo ha repetido el Papa Francisco: tenemos que mirar el pasado con gratitud, porque allí se han ido entretejiendo los valores y actitudes que configuran la propia identidad. Habrá que vivir el presente con pasión, con interés, con fidelidad a la razón de ser de la Semana Santa. Y abrazar el futuro con esperanza. Pues no se trata de sentarse y dejar que vaya transcurriendo el tiempo, sino de abrazar el futuro que comienza todos los días. Las dificultades que pueden llegar por el enfriamiento de la fe, la agresión del laicismo y la relativización de la vida moral, no pueden impedir que siga nuestro camino de comunidad cristiana avanzando entre los favores de Dios y las dificultades que ponemos los hombres.

Cimiento y piedra, buen pilar y firme roca en la que se asienta la Semana Santa es el que está formado por esas tres seguras columnas: la fe, la familia y el pueblo.

La fe es como esa música que lo llena todo de un sonido admirable y nuevo. Si no se escucha esa melodía de la fe, desaparece la vida. Sin fe, la túnica es nada más que ropa acostumbrada en unos días señalados. El paso, carga pesada que llevar. Las imágenes, madera sin vida. La Cofradía, grupo de gente para preparar un festejo. La música y las flores, los adornos y las tradiciones, simples costumbres repetidas.

Pero con la fe, la túnica es hábito de penitencia. El paso, trono bendito para unas imágenes queridas. La Cofradía, hermandad creyente y familia unida en el esfuerzo y en el sentimiento. La música y las flores y la armonía en el caminar, maravillosa sinfonía con la que se interpreta la memoria de la Pasión de Cristo. La fe lo ha cambiado todo.

Las heridas, desazones y soledades que va dejando la vida, encuentran luz y consolación. Es de noche, pero las calles de Albacete se van llenando de luz al paso del Santísimo Cristo del Consuelo, que va anunciando un amanecer de confianza que, en la tarde de ese mismo Viernes Santo tomará el nombre de Cristo de la Esperanza, vislumbrando la apoteosis final en el próximo día de la Resurrección, como lo hace presagiar esa “Tamborrada” en el umbral del Domingo de Pascua. La madre, Nuestra Señora de la Soledad, mostrará el “Camino hacia la Gloria”. La misericordia, el amor y el perdón hacen el milagro de sentir como la fe llena de verdad nuestra vida.

Comunidad de vida y amor

Son momentos e imágenes que no se olvidan nunca. La alegría del Domingo de Ramos, con los abuelos, los padres... Los pequeños estarían deseando pedirle a Jesús que les dejara montarse también con él en la borriquilla. No saben si es noble o

simple la cabalgadura, lo que quieren es estar al lado de Jesús. Los mayores quizás sientan la añoranza, pero no la de ser niños, sino la de no atreverse ahora, por respetos humanos, a estar más cerca de Jesús. Los pequeños preguntan por el Señor que está montado en una burra. Y los mayores hacen de maestros y catequistas que enseñan lecciones que serán inolvidables: la de Santiago el Mayor, testigo privilegiado de la transfiguración de Cristo; la de una Madre Santísima de la Paz, siempre Amparo ante nuestros desvalimientos.

Pilar incuestionable de la religiosidad popular es la familia. El primer recuerdo que se tiene de la infancia es el del abuelo que le llevaba a "ver al Señor". El día más gozoso, cuando comprometieron su amor ante María Santísima... El momento más doloroso y triste será el del recuerdo del cuerpo muerto del padre amortajado con la túnica de la Cofradía familiar... Siempre esa imprescindible unidad entre los acontecimientos familiares y las cosas de Dios.

Junto a la fe en Jesucristo, la religiosidad popular tiene su raíz más sólida y fecunda en esa comunidad de vida y entrega recíproca que es la familia. Entre padres e hijos se establecen unos ejemplares vínculos de fidelidad. De los padres se aprenden las virtudes, los valores y costumbres de la fe. La familia explica las razones por las que se celebran los misterios del Señor.

La casa está llena de motivos, imágenes, cuadros e insignias que recuerdan permanentemente esa vinculación inequívoca con la familia. Después del bautismo se inscribe al pequeño en el libro de la Cofradía, y se le impone la medalla que después ha de lucir en momentos importantes de su vida. Se celebra el matrimonio ante las imágenes de los Santos Titulares... Y, al final, se hace la última estación de penitencia, que es la muerte, vestido con la túnica de nazareno de la Cofradía. Y hasta se sueña con encontrarse después, en la catedral del cielo, con el Señor que lleva el título de la propia Cofradía.

La familia “debe seguir siendo el lugar donde se enseñe a percibir las razones y la hermosura de la fe, a rezar y a servir al prójimo. (...) La transmisión de la fe supone que los padres vivan la experiencia real de confiar en Dios, de buscarlo, de necesitarlo. (...) Los padres que quieren acompañar la fe de sus hijos están atentos a sus cambios, porque saben que la experiencia espiritual no se impone sino que se propone a su libertad. Es fundamental que los hijos vean de una manera concreta que para sus padres la oración es realmente importante. Por eso los momentos de oración en familia y las expresiones de la piedad popular pueden tener mayor fuerza evangelizadora que todas las catequesis y que todos los discursos” (*Francisco. Amoris laetitia* 287, 28).

Aquellos niños que aclamaban a Jesús el Domingo de Ramos cuando hacía su Entrada en Jerusalén, son los mismos que ahora van narrando el camino de Jesús en la subida al Calvario. Los niños están con Cristo el día festivo, con las palmas y los ramos, y ofreciendo también su voz en tiempos de dolor y de soledad. Si no habláis vosotros, los mayores, hablarán vuestros hijos en ese permanente Lunes Santo en el que se escuchan unas palabras inolvidables: ¡Dejad que los niños se acerquen a mí!

Cultura y tradición

En el corazón de La Mancha de Montearagón y en la comarca de Los Llanos, con hondas raíces de civilizaciones antiguas y realizaciones nuevas, Albacete. Que es algo más, mucho más que la ciudad donde se ha nacido, porque Albacete es un espíritu, una forma de ser, unas costumbres, una familia, una música y muchos silencios, una idiosincrasia, una religiosidad, una Semana Santa.

Albacete es la vida que vive en mí, puede decir cada uno de los que nacieron en esta ciudad. Es la vida que vive mí y dondequiera que vaya me la llevo conmigo, porque me trae el recuerdo, que es volver a pasar por el corazón, *re-cordare*, el amor de aquellos a los que quiero.

La religiosidad popular se enmarca dentro de esa síntesis entre la cultura de un pueblo y la fe cristiana. El Evangelio recoge lo mejor de la cultura y lo pone en las expresiones religiosas del pueblo. Canta el Evangelio con la música de cada cultura; hace resonar la palabra de Dios con el idioma del pueblo; asume para sus ritos las expresiones más genuinas de un determinado lugar.

Que la cultura sea un valor no sólo apreciable, sino imprescindible, hay pocos que sensatamente lo puedan dudar. Porque en la cultura están las raíces y el entorno, lo que pensamos y la forma de vivir. Casi todo es cultura: el envolvente y la historia, lo que hicimos y dejó huella, y el horizonte sin saber, pero en el que se espera gozar, gracias a una justificada esperanza, de una paz incuestionablemente duradera .

La religiosidad es un importante capítulo de la historia, de la tradición, del bien hacer de un pueblo. Es una de sus señas de identidad. Expresión del modo de vivir, de pensar, transmitir valores, creencias, actitudes y modos de hacer y de comportarse. La cultura figura también en ese capítulo de la ayuda que Dios quiere prestar al hombre de fe. Por eso, la Iglesia nunca es indiferente a la cultura de los pueblos.

Actualidad y futuro

La fe y el Evangelio de Jesucristo, la familia con la hondura del amor más profundo y entrañable, y el pueblo con sus tradiciones, modos de hacer y cultura son garantía de futuro. Pero, como es algo tan hermoso y lleno de vida, necesitará de una permanente renovación. Que no es olvido de esencias y fundamentos sino aprovechamiento y mejora de aquello que dejaron en herencia las generaciones pasadas.

El proceso de secularización ha afectado notablemente a la vida de las Cofradías y a sus actividades religiosas. El cambio social ha provocado nuevas situaciones, retos y problemas: inmigración, exclusión social, multiculturalidad, relativismo moral, indiferencia religiosa... La renovación promovida por el concilio Vaticano II no ha sido suficientemente aplicada, quizá porque tampoco es bien conocida la doctrina conciliar.

La Cofradía debe ser escuela donde se escuche y se aprenda a vivir conforme a la palabra de Dios y centro de formación permanente como necesidad incuestionable. La Cofradía será espacio sagrado con altar y mesa para los sacramentos. Lugar adecuado para vivir y practicar la caridad fraterna. Con la puerta siempre abierta para acoger a todo el que viene y para salir al mundo y evangelizar. El que llega no es un desconocido, sino un hermano. Diferente, pero hijo de Dios. La Cofradía será como atrio de los gentiles, foro para el diálogo entre la fe y la cultura.

La Cofradía, en fin, tiene que ser ámbito donde se siente el gozo de la vida fraterna.

Epílogo

Cristo ayer, hoy y siempre. El principio y el final. La razón primera y última de nuestra vida cristiana. Después de momentos de esplendor llegarán situaciones de enorme dolor y tristeza. Pero la mano de Dios estaba junto a quienes supieron encontrar, desde su fe, la raíces de una Semana Santa que nunca había desaparecido, aunque tuviera que pasar por muchas penurias y desconsuelos.

Hemos ido recogiendo las mejores y más ejemplares huellas de la Semana Santa albacetense. El pasado es lección que aprender para mejorar el presente y para caminar hacia un futuro con esperanza. Pero la celebración permanente del misterio de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo no puede reducirse a unos días del año, sino a todos y cada uno de los momentos de la vida cristiana.

“El misterio de la Cruz encierra la sabiduría de Dios -dice de nuevo nuestro Obispo don Ciriaco Benavente Mateos-. Sólo contemplando la cruz seremos capaces de barruntar el misterio de amor que ahí se esconde, se condensa y se nos revela. Es la

misericordia de Dios manifestada y encarnada en Cristo, verdadero rostro de la misericordia divina.

Antes de terminar este pregón de la Semana Santa de Albacete, hemos querido visitar la casa y santuario de la Virgen de los Llanos. A ella le hemos pedido saber contemplar la pasión, muerte y resurrección de su hijo con los mismos ojos que su bendita Madre los veía. Y se lo diremos con las encendidas y bellas palabras de Gerardo Diego: “Dame tu mano, María, la de las tocas moradas. Clávame tus siete espadas en esta carne baldía. (...) Aquí en mi torpe mejilla quiero ver si se retrata esa lividez de plata, esa lágrima que brilla. (...). Virgen ya de la agonía, tu Hijo es el que cruza ahí. Déjame hacer junto a ti ese agosto itinerario. Para ir al monte Calvario, cítame en Getsemaní...”

Así pues, lleno de gratitud por la amable invitación de la Junta de Cofradías de Semana Santa, me honro en anunciar que en la ciudad de Albacete, en la Segunda Semana de Pasión del año del Señor de 2018 se celebrará, Dios mediante, la Semana Santa. Preparad mentes y corazones, sentimientos y fe, para honrar con la devoción más sincera y profunda la Pascua del Señor Resucitado.

Que todo sea para alabanza de Dios, de Jesucristo el Salvador, de su bendita madre la Virgen María y, también, que sobradamente merecido lo tiene, para esta noble ciudad de Albacete.

¡Que Dios les bendiga y les guarde!